

LA TIERRA DE RUBEN

VISTA POR RUBEN

"Si pequeña es la Patria, uno grande la sueña". — Rubén Darío.

FRANCISCO TERAN

De la Misión de la Unesco en Nicaragua.

Tratando de señalar como feo y grande lunar en su caudalosa obra poética, no han faltado quienes en su tierra han acusado a Rubén Darío de una especie de olvido o despreocupación de los temas nativos, de los asuntos y acontecimientos de la Patria, del escenario de su minúscula Nicaragua, en tanto los correspondientes a otros pueblos del Continente y del mundo aparecen en ella como motivos céntricos de sus cantos inmortales. Pero estos mismos críticos, cuando destacan como uno de los atributos esenciales del pensamiento dariano, su espíritu de universalidad, incurren en un punto de partida, que no es otro que el conocimiento del solar nativo, la visión exacta de la propia tierra, grande o pequeña, con sus virtualidades y defectos, conocimiento que ha de convertirse en el metro justo para apreciar y juzgar el solar de los otros pueblos y el de sus contenidos humanos.

Uno de los más serios buceadores de la obra dariana, el sociólogo y escritor Julio Ycaza Tigerino, inicia el estudio sobre la temática del Paisaje nicaragüense en la Prosa de Darío, asegurando que "hace ya tiempo que venimos de vuelta de aquel concepto literario de un Rubén apátrida y exotista", y, para confirmar el aserto, añade más adelante:

"Ni la dulce campiña francesa, ni la adusta meseta castellana, ni la deleitosa costa mallorquina, ni la pampa inconmensurable, ni la imponente cordillera andina, a pesar de que el poeta vivió y amó y soñó en todos estos lugares, despertaron su honda emoción sensorial ni pudieron apagar en su imaginación "el nicaragüense sol de encendidos oros", ni borrar de su inspiración y su recuerdo la visión de los "estandartes de la tarde y de la aurora" alzados sobre "la cúpula sonora" del Momotombo"

En efecto, si se rastrea tanto la abundante obra poética como la no menos caudalosa de la prosa dariana, pueden encontrarse las líneas básicas para trazar el canevas cartográfico sobre el cual la fantasía del lector avisado irá tejiendo la geografía esencial del tórrido país centroamericano empotrado entre el Pacífico y el Caribe, en cuyo ámbito, tal vez en el amanecer del terciario, convulsas fuerzas telúricas tendieron un puente que enlazó las dos grandes masas continentales de América

Muchos escritores de calidad poseen la rara virtud no sólo de trazar con pinceladas de certero colorido literario el paisaje, sino de revivir con encendido lirismo hechos y cosas que los ojos del vulgo los miran triviales, o simplemente los ignoran. Gracias a ello, por ejemplo, la lectura de La Vorágine de Eustacio Rivera, nos ayuda a formarnos una idea exacta y cabal del *abrumador escenario verde de la Selva Amazónica*, que lo que podrían hacerlo las páginas de una severa Geografía. Igual resultado obtenemos con la ayuda de Ricardo Güiraldes, si leemos su novela Don Segundo Som-

bra, para informarnos como se vive y cómo transcurren los días en la soledad de la Pampa; con las páginas de Doña Bárbara, Rómulo Gallegos nos ayuda, igualmente, a representarnos el violento paisaje llanero y a adentrarnos en el alma contradictoria de los amos de esos vastos pastizales. Para apreciar, por fin, el paisaje sobrecogedor de los Andes y comprender la descorazonadora tragedia del indio que soporta más que los rigores del páramo y de la puna, la injusticia secular de una sociedad caduca, nada más aconsejado que leer las páginas de El Mundo es ancho y ajeno de Ciro Alegría. Asimismo, surgen nítidos en nuestra fantasía el paisaje y las gentes de Nicaragua, cuando leemos, sobre todo, las páginas saturadas de lirismo de Darío del breve libro que él llamó sencillamente Viaje a Nicaragua, en el cual con pinceladas maestras va trazando lo que hemos llamado el canevas cartográfico esencial, sobre el cual podemos ir tejiendo la tropical geografía del escenario donde están enmarcados el orto y el ocaso del lirida inimitable

La localización geográfica de Nicaragua en el Continente es especialísima y ella ha determinado los hechos más salientes de su atormentada historia desde cuando pusieron en ella sus pies los primeros conquistadores. Su primera observación fue la de que entre los dos grandes mares mediaba sólo una corta distancia, con la particularidad de que no lejos de ambas orillas se extendía un inmenso lago al que ellos con acierto bautizaron con el nombre de Mar Dulce. E inmediatamente se lanzaron a la búsqueda del paso que debía permitir la navegación entre uno y otro mar, porque no concebían que la Naturaleza se hubiera descuidado de aquel detalle, al cual se apresuraron en darle también un nombre, y así surgió el "Estrecho Dudoso", que debía acortar el camino entre España y las tierras del Gran Kan. Y buscándolo, recorrieron el inmenso ámbito del lago Nicaragua y descubrieron su célebre **desaguadero**, el actual río San Juan, que lo comunica con el Caribe

"Los principales descubrimientos y exploraciones realizados en esta tierra y la fundación de sus más importantes ciudades fueron resultado de la búsqueda de una ruta para la navegación, anota un historiador. Primero, la búsqueda de un paso hacia las Indias Occidentales. Después, descubierto ya el Pacífico, la de un estrecho imaginario, llamado el Estrecho Dudoso. Y más tarde, hallado el gran lago de Nicaragua y disipado el mito del estrecho, la del desaguadero de aquel lago en el Atlántico"

Esta ruta que tanto preocupó a los españoles, quienes llegaron a la conclusión de que el proyecto más *hacedero sería el que aprovechara la presencia del Gran Lago*, ha sido la causa de las mayores desventuras para la patria de Darío: "esta ruta se enrosca todavía en el destino nicaragüense tentando a los imperialismos

con la serpiente del Canal Interoceánico", sentencia con bella metáfora, Pablo Antonio Cuadra en uno de sus medulares estudios. La larga dominación inglesa en la Mosquitia, a través del reino de opereta organizado y mantenido por ella y los celos de los Estados Unidos cuya intervención en los asuntos de Nicaragua culminó con el Tratado Clayton-Bulwer de 1.850, suscrito entre las dos grandes potencias anglosajonas, mediante el cual se comprometían a no mantener dominio alguno en territorio centroamericano, y pocos años después la intromisión del último gran aventurero William Walker en los asuntos de Nicaragua y de los países vecinos, con cuyas tierras pretendió organizar un nuevo estado esclavista que robustecería la posición de los del Sur estadounidense, son hechos que confirman el aserto

La Geografía e Historia de Nicaragua aparecen, pues, íntimamente vinculadas con el problema del Canal Interoceánico, y en la obra de Darío no podía faltar la alusión a este singular destino, como lo prueban estas frases en su Viaje a Nicaragua escrito en 1909, cuando comenta la caída de su buen amigo el Presidente Zelaya:

"Dios quiera llevar la paz a mi país. Se dice que los Estados Unidos han intervenido en todo esto. Si ello fuese cierto, como parece, es lamentable que nación alguna intervenga en los asuntos íntimos de Nicaragua, ni aun para hacer el canal... Ya se sabe que el mismo Lesseps informó en un tiempo que el único canal posible era el de Nicaragua. Después los Estados Unidos quisieron realizar la obra. No se sabe qué negociaciones la dificultaron; pero es un hecho que desde que los españoles pensaron en abrir el istmo, es por la tierra que más fácilmente se puede llevar a cabo.

Después de todo, sin la hostilidad de la Casa Blanca, Zelaya estaría aún en el Poder".

Refiriéndose a la reducida extensión de su país, en la obra de Darío encontramos esta alentadora administración dirigida a sus compatriotas de León, en uno de sus retornos:

"...En Oviedo, en Gómara, en los historiadores de Indias, supe de nuestra tierra antigua y de sus encantos originales. Yo deseo que la juventud de mi país se compenetre de la idea fundamental de que, por pequeño que sea el pedazo de tierra en que a uno le toca nacer, él puede dar un Homero, si es en Grecia; un Tell si es Suiza...". O un Rubén Darío, si es Nicaragua, añadimos nosotros

Hasta la saciedad se ha dicho y se repite que Nicaragua es tierra de lagos y volcanes. Los elementos geográficos que primero impresionan la retina del visitante que llega a ella, entrando por el gran ventanal de la bahía de Corinto, es la línea de perfil oscuro formada por la cordillera volcánica de los Marrabios, que semejan un telón de fondo, frente al cual se extiende la fértil llanura de Chinandega y León, que se cubre de un manto de verdor en la época de las lluvias, o de un sudario blanco si la época es la de la eclosión de los algodones. Y avanzando hacia el sur, aguas lacustres por todos lados: tranquilas y es-

meraldinas, en Asososca, Tiscapa, Jiloá, Masaya o Apoyo; turbias y turbulentas en el Xolotlán o Managua; claras, ilímites y con fuitas de mar, las del Cocibolca o Nicaragua.

Los brochazos con que Rubén pinta los volcanes y lagos de su tierra, tienen exactitud impresionista similar a la de un cuadro de Monet:

"En un feliz amanecer divisé las costas nicaragüenses, la cordillera volcánica, el Cosigüina, famoso en la historia de las erupciones; el volcán del Viejo, el más alto de todos, y más allá el enorme Momotombo, que fue cantado en la Leyenda de los Siglos, de Víctor Hugo. Por fin entró el vapor en la bahía, entre el ramillete de rocas que forman la isla del Cardón y el bouquet de cocoteros que decora la isla de Corinto".

En otro pasaje alusivo al mismo tema de los volcanes, los describe así:

"Desde la cumbre de las sierras pobladas de fincas divisanse el lago de Managua, al fondo, y más cerca la laguna de Nejapa. Los colosales volcanes semejan, en la diafanidad de los crepúsculos, calcados en los cielos puros, extraordinarios fujiyamas, y la luz da la ilusión, siendo de una transparencia de acuarela".

Quien quiera admirar el paisaje pintado con esta breve pincelada de Rubén, debe ir a ese maravilloso balcón de las Sierras de Managua, designado con el hiperbólico nombre de Las Nubes, y la naturaleza le brindará el feérico e inolvidable espectáculo en el que los actores dominantes son el lago de Managua y la esbelta silueta del Momotombo. En pequeño y, reducidas sobre todo las proporciones de la obra del hombre, es conjunción de agua, montañas y morros con la ciudad que se extiende a lo largo de las orillas lacustres, recuerda la incomparable bahía de Guanabara en cuyas márgenes ha crecido esa ciudad de embrujo, cuya capitalidad de la belleza no podrán quitarle nunca ni Brasilia ni ninguna otra urbe del gigante del trópico sudamericano

Pero ningún accidente geográfico de su país natal parece haber impresionado más la sensibilidad del poeta que el adusto Momotombo, al que le dedica buen espacio en las páginas de su teisa prosa o versos de sonoridad bronceada

En una de sus primeras crónicas escritas cuando llegó a Chile, con motivo de una de sus postreras erupciones, lo recuerda así:

"A un lado del actual pueblo de Momotombo, llamado también Moabita y Puerto Benard se miran aún los restos del antiguo León, fundado en 1524 por Francisco Hernández de Córdoba.

"Campos de soledad, mustio collado" son ahora las calles de la vieja metrópoli...

Como mayor en edad y en tamaño entre los volcanes de Nicaragua, Momotombo se lleva la primacía.

Quien llegando al puerto de Corinto (en los mapas alemanes generalmente Realejo, nombre antiguo)

tome el tren y sin detenerse en ninguna de las poblaciones intermediarias se dirija a Momotombo, a la orilla nordeste del lago de Managua, en lo primero que fijará su atención será en la imponente figura del cascado y crecido volcán.

Es el más bello de todos los de Nicaragua; bello, con belleza salvaje y grandiosa. Es un inmenso cono, ríscoso por un lado, calvo, con derecho a serlo, pues hasta se ha perdido la cuenta de sus cumpleaños; cubierto de vegetación exuberante y caprichosa en las faldas, y arrullado por las tranquilas aguas que le besan los pies, dándole un perenne tributo de caricias y rumores.

Ni el Masaya, ni el Ometepe, que en la isla de su nombre es el señor del Gran Lago; ni el Mombacho, que cercano a Granada proyecta su sombra gigantesca; ni el Cosigüina, famoso en toda obra geológica de alguna importancia por su célebre última erupción; ni el Telica, que hace tiempo no dice este cráter es mío; ni El Viejo que a las veces, cuando rezonga, pone en cuidado a los chinandegüenses; ninguno puede competir con el decano en cuestión. Vaya si es él hermoso para no tener noble y desmedido orgullo, viéndose, como dice Víctor Hugo, "formando a la tierra una tiara de sombra y de llama"

Y en verso, lo canta así:

El tren iba rodando sobre sus rieles. Era
en los días de mi dorada primavera
y era en mi Nicaragua natal.

De pronto, entre las copas de los árboles,
ví un cono gigantesco, "calvo y desnudo", y
lleno de antiguo orgullo triunfal.

Ya había yo leído a Hugo y la leyenda
que Squier le enseñó. Como una vasta tienda
vi aquel coloso negro ante el sol,
maravilloso de majestad. Padre viejo
que se duplica en el armonioso espejo
de una agua perla, esmeralda, col.

Agua de un vario verde y de un gris tan cambiante
que discernir no deja su ópalo y su diamante,
a las vasta llanura tropical.

Momotombo se alzaba lírico y soberano,
yo tenía quince años: una estrella en la mano!
y era en mi Nicaragua natal.

Oh Momotombo ronco y sonoro! Te amo
porque a tu evocación vienen a mí otra vez,
obedeciendo a un íntimo reclamo,
perfumes de mi infancia, brisas de mi niñez

Los estandartes de la tarde y de la aurora!
Nunca los ví más bellos que alzados sobre tí,
toda zafir la cúpula sonora
sobre los triunfos de oro, de esmeraldas y rubí.

El Masaya es otro de los volcanes que mereció especial atención de parte del poeta, y, al describirlo, con delectación y gracejo, revive además el relato casi novelesco del temerario descenso a su cráter hirviente realizado por Fray Blás del Castillo, impulsado por la ambiciosa y disparatada creencia de que las rojas lavas que bullían en el fondo eran metales preciosos fundidos que había él de explotar con egoísta sigilo:

"Como en los más hermosos paraísos meridionales de Italia, los volcanes están allí sintiendo pasar los siglos y dando de cuando en cuando señal de que en sus hornos arden las misteriosas potencias de la tierra. El volcán Santiago atemoriza. El Masaya se cree hoy extinguido".

Y refiriéndose al descenso del temerario y ambicioso fraile, nos cuenta así la loca aventura:

"El pobre Fray Blas pasó las de Caín en su descenso. Llegó por fin a una especie de plazoleta. Con una oración en la boca no dejaba de maniobrar con su martillo entre los sahumeros de las solfataras. Demás decir que no encontró oro en las grietas sino la roca quemada.

Cuando le subieron no quiso darse por vencido. Contó prodigios, tal Don Quijote al salir de su sima, y aseguró que la lava hirviente era oro en fusión. Otros tantos bajaron después con aparatos para recoger el tentador líquido rojo y ardiente; pero se encontró que todo era escoria y calcinada piedra".

Los sismos y movimientos tectónicos en general son fenómenos corrientes en toda el área centroamericana, como resultado del intenso volcanismo que la caracteriza. Darío debió sentirlos muchas veces, y esta dolorosa experiencia vivida en la vieja León recostada al pie de los Marrabios, debió impulsarle a escribir el poema Terremoto, de ese Tríptico de Nicaragua, que tiene mucho de estampas casi fotográficas de su conculso país:

Madrugada. En silencio reposa la gran villa
donde de niño supe de cuentos y consejas,
o asistí a serenatas de amor junto a las rejas
de alguna novia bella, timorata y sencilla.

El cielo lleno de constelaciones brilla,
y su oriente disputan suaves luces bermejas.
De pronto, un terremoto mueve las casas viejas
y las gentes en los patios y calles se arrodilla

medio desnuda y clama: "Santo Dios! Santo fuerte!
Santo inmortal!" La tierra tiembla a cada momento.
Algo de apocalíptico mano invisible vierte! .

La atmósfera es pesada como plomo. No hay viento
Y se diría que ha pasado la Muerte
ante la impasibilidad del firmamento

El paradigma de descripción del típico paisaje geográfico nicaragüense, de clima tropical y húmedo que origina esa vegetación lujuriente y rica del hermoso país istmeño, se lo encuentra en el de las suaves serranías de Managua por donde serpentea la Carretera Panamericana, al sur de la Capital, que Darío pinta con amorosa delectación:

"Más de una vez pensé en que la felicidad bien pudiera habitar en uno de estos deliciosos paraísos, y que bien hubiera podido tal cual inquieto peregrino apasionado refugiarse en aquellos pequeños reinos incógnitos, en vez de recorrer la vasta tierra en busca del ideal inencontrable y de la paz que no existe. Pocas horas de mi existencia habré pasado tan gratas y vívidas como aquéllas en que, al estallar las mañanas en una cristalería de pájaros locos de vivir, salía yo con mi escopeta, en compañía de un joven amigo, a recorrer los caminos, a bajar por los barrancos, a buscar entre los ramajes la deseada caza

Entre todas las plantas que atraen las miradas, llévanse la victoria palmeras y cocoteros, que en el europeo despiertan ideas coloniales, los viajes de los antiguos bergantines y las inocencias de Pablo y Virginia, de cuyo casto absurdo amor convencen los relentes de las selvas y las continuas insinuaciones de la tierra. El trópico transpira savias amorosas. El bananero erige su ramillete de estandartes, de tafetanes verdes, sobre los cuales, cuando llueve, vibra el agua redobles sonoros; y las palmeras varias despliegan, unas bajas, como pavos reales anchos esmeraldinos abanicos; otras, más altas, airoso flabeles, las otras son como altísimos plumeros, orgullosas bajo el penacho, ya entreabierta la colosal y oleosa y dorada flor de "corozo", ya colgante la copiosa carga de cocos, cuya agua fresca y sabrosa es la delicia de las canículas.

En anchos y lisos secaderos pónese el café al sol, una vez cortado y recogido. Luego pasará a las máquinas descascaradoras, que lo dejarán limpio y listo para ser puesto en los sacos de bramante que han de ir a los mercados yanquis, a los puertos del Havre o de Hamburgo. No es la cosecha nicaragüense tan crecida como la de otros países vecinos; pero en Nicaragua se produce ese grano fino que supera al mismo moka por

su sabor y perfume, y que se conoce con el nombre de caracolillo. Una buena taza de su negro licor, bien preparado contiene tantos problemas y tantos poemas como una botella de tinto.

La flora tropical es de una belleza que causa como una sensación de laxitud. El paisaje diríase que penetra en nosotros por todos los sentidos, y hay una furia de vida que con su proximidad enerva. Se creería que bajo la vasta techumbre azul de un firmamento que se rayaría con una estrella, flota un efluvio estimulante para el espíritu y para la sangre; pero cuyo estímulo se convierte en languidez, en desmayo voluptuoso.

Sólo en el jardín de una casa amiga, he visto una tarde, en tibio crepúsculo, algo semejante a una estagnación de las horas. Hacía calor húmedo y voluptuoso, y el cielo, en que brillaban tan solamente, diamantinos, dos o tres luceros, se me representaba como inmenso invernáculo. No se sentía ni un soplo de aire; la vegetación hubiérase dicho cristalizada en la absoluta inmovilidad de las hojas. Había allí azucenas blancas de anunciación y otras semejantes a estilizados lirios heráldicos; había rosas de olor y jazmines orientales que constelan las verdes y espesas enredaderas en que crecen; había una flor que se llama cundiamor, y otra que estalla para regar su simiente, y la que se nombra bellísima, que evocaba para mí, rosada y alegre, altares domésticos como los que se adornan en Diciembre para celebrar la Concepción de María. Toda la circundante naturaleza me parecía contenida en un concentrado bloque de tiempo, atmósfera de bella durmiente del bosque o del legendario monje extasiado que escucha al pájaro paradisíaco.

El lujo del campo lo volvía a admirar en plenas sierras. Se va a éstas a caballo; a las más cercanas pueden llegar carruajes. Desde que se sale de la capital y se comienza a subir, una temperatura dulce y fresca sucede a los alrededores de la ciudad. Se empieza a ver a un lado y a otro del camino rústicas fincas. Yo me deleitaba con las fragantes vegetaciones, con los cafetales, que evocan poesía criolla y antillana, sabrosos sentimentalismos líricos a lo mulato Plácido. Y hay en las viviendas, cubiertas de tejas arábigas o de paja, tales ejemplares de la mujer natural, mozas morenas, altas por lo general, de cuerpos flexibles, muchachas bronce o cacao, o pálidas mestizas, que sugieren fatigantes y agotadores cariños solares. Pongo por caso que tenéis sed y os detenéis en una de esas posesiones en las que, desde vuestra caballería, podéis ver el fogón de llamas de oro ante el cual se preparan los yantares. Una campesina de ésas os trae una agua fina, fría y doblemente grata por ser servida en un guacal, esto es, en una taza hecha de la corteza del fruto del jícaro, las cuales tazas refrigeradoras suelen ser labradas e historiadas de escudos, aves, paniculos, grecas y letras. A la oferta del agua se agrega la visión de unos lindos brazos, de unos lindos hombros y una rosada sonrisa. Y todo esto bien os puede hacer pensar en algo de Biblia o en algo de Conquista, en Rebeca o en Doña Marina.

Me engrería ver a un lado y otro del camino los arbustos cargados de su fruto rojo y algunos aún como

un manojo de tirsos llenos de su blanca floración. Y calculaba al ver la feracidad de aquel terreno, en que se suceden alturas y hondonadas, tupido de arbustos de riqueza, cómo es de fecundo y pródigo aquel suelo y cuánto hay que aguardar de las horas futuras, cuando una apropiada y propicia corriente inmigratoria contribuya a hacer la producción más abundante y más pro-
ficua”

En los párrafos transcritos, Rubén Darío nos da una poética lección de botánica que el lector no olvidará. A través de sus líneas, incluso, se percibe la sensación olorosa e inconfundible que producen las flores tropicales, de los cafetos, de los bananeros, del bosque todo que cubre las Sierras de Managua

Y cuando la pintura la hace en verso, el paisaje nicaragüense se aparece en miniaturas geniales que semejan cuadros de Corot, como ese que tituló “Intermezzo Tropical”:

**Midi, roi de étés, como cantaba el criollo
francés. Un mediodía
toda la isla quema Arde el escollo;
y el azul, fuego envía**

**Es la isla del Cardón, en Nicaragua.
Pienso en Grecia, en Morea o en Zacinto,
Pues al brillo del cielo y al cariño del agua
se alza enfrente una tropical Corinto.**

**Penachos verdes de palmeras. Lejos
la tribu en roca de volcanes viejos,
que, como todo, aguarda su instante de infinito.**

**Un ave de rapiña pasa a pescar y torna
con un pez en las garras.
Y sopla un vaho de horno que abochorna
y tuesta en oro las cigarras.**

La pintura de Corinto, de clima extremadamente ardiente, con sus mediodías bochornosos durante los cuales hasta la brisa marina sopla con calores de horno, a más de exacta como una fotografía, resulta tan sugerente. La isla del Cardón, cuya posición tiene similitud con la isla Puná en el Golfo de Guayaquil, que resguarda la entrada a la bahía de Corinto, subdividiéndola en dos estrechos que dan acceso a ella desde el mar. Su acertado nombre recuerda que el calor y la sequía, que sólo permiten el arraigo y florecer de los cardos, constituyen su peculiaridad geográfica, admirablemente evocados por el poeta. Y ese

**“Lejos la tribu en roca de volcanes viejos,
que, como todo, aguarda su instante de infinito”**

con que Darío alude al conjunto volcánico de los Manabios, es genial metáfora que sólo la fantasía lírica de un auténtico creador de imágenes pudo ver en los prosaicos conos grises de la cordillera nicaragüense que se contempla desde ese ventanal mainino que es la bahía de Corinto

En la descripción de las gentes, de las personas, encontramos iguales aciertos:

“La mujer nicaragüense no tiene un tipo marcadamente definido entre las del resto de Centroamérica; pero hay en ella algo especial que la distingue. Es, y ya lo he hecho observar en otra parte, una especie de languidez arábiga, de nonchalance criolla, unida a una natural elegancia y soltura en el movimiento y en el andar. Como en las Antillas, como en casi todas las Repúblicas sudamericanas, abunda el calor moreno, el cabello negro; pero no son escasas las rubias. Solamente que el clima no deja durar mucho los oros de los primeros años”.

Y cuando para completar la pintura, de un retrato femenino, recurre a los símiles inspirados en los rasgos de la Geografía Patria, lo hace siempre tratando de exaltar lo nativo y lo vernáculo, como puede observarse en muchas de sus dedicatorias escritas a vuela pluma, en Álbumes y Abanicos:

**Un eco dulce y magnífico,
vago y misterioso cántico
de aqueste suelo prolífico
que está lamiendo el Pacífico
y está arrullando el Atlántico.**

**Con el alma entusiasmada
te brindo en esta ocasión
una corona formada
con magnolias de Granada
y con mosquetas de León.**

La etopeya del trabajador nicaragüense, asimismo, es un modelo de apreciación del carácter, de la personalidad, de la conducta de este hombre tan estrechamente compenetrado con su ambiente geográfico:

“Si el clima predispone para la fatiga y hay en él el tropical incentivo de la pereza, adelante, sin embargo, la actividad artesana. Managua, León, Masaya, Granada, Rivas, Matagalpa, son centros principales de trabajo. Aunque las condiciones de vida del país son tan diversas de las que hacen levantar tantas protestas al obrero en naciones europeas y americanas, no ha dejado de sentirse por allá uno que otro vago soplo de

**espíritu socialista; más no ha encontrado ambiente pro-
picio en donde nadie puede morir de hambre ni hay
vida de dominadores placeres.**

El nicaragüense es emprendedor, y no falta en él el deseo de los viajes y cierto anhelo de aventura y de voluntario esfuerzo fuera de los límites de la patria. En toda la América Central existen ciudadanos de la Tierra de los Lagos que se distinguen en industrias y profesiones, algunos que han logrado realizar fortunas y no pocos que dan honra al terruño original. No es el único el caso del navegante matagalpense de que hablara Angel Ganivet; y en Alemania, en Francia, en Rumanía, en Inglaterra, en los Estados Unidos sé de nicaragüenses trasplantados que ocupan buenos puestos y ganan honrosa y provechosamente su vida. Recuerdo que, siendo yo *cónsul de Nicaragua en París*, recibí un día la visita de un hombre en quien reconocí por el tipo, al nicaragüense del pueblo. Me saludó jovial, con estas palabras, más o menos: "No le vengo a molestar, ni a pedirle un solo centavo. Vengo a saludarle, porque es el *cónsul de mi tierra*. Acabo de llegar a Francia en un barco que viene de la China y en el cual soy marineró. Es probable que pronto me vaya a la India". Se despidió contento como entrara y se fue a gastar sus francos en la alegría de París, para luego seguir su destino errante por los mares".

En la breve descripción de algunas ciudades del solar nativo que le recibieron apoteósicamente cuando las visitó después de largos años de ausencia y regresaba nimbado ya por la gloria, encontramos los rasgos más peculiares que las distinguen:

.. "Saludé a Chinandega, famosa por sus naranjas (no sabemos qué impresión le hubieran producido los extensos algodinales que hoy le circundan), por su fecundidad agrícola; saludé a León, la ciudad episcopal y escolar donde transcurrieron mis primeros años. Saludé a Managua, asiento del Gobierno; a Masaya, florida y artística. Viajes de palmas y de flores! En mi recuerdo estarán siempre llenas de sol y de alegría. En esas horas de oro y fuego nunca pensé, como el terrible amigo pesimista, que no lejos de los domingos de ramos están los viernes santos".

La ciudad de León, que sólo por accidentes circunstanciales de la vida no fue su cuna, pero que conformó sus primeros años y hoy guarda reverente sus cenizas bajo las ciclópeas naves de la centenaria catedral, mereció especial atención del poeta:

"León, con sus torres, con sus campanas, con sus tradiciones; León, ciudad noble y universitaria, ha estado siempre en mi memoria, fija y eficaz; desde el olor de las hierbas chafadas en mis paseos de muchacho; desde la visión del papayo que empolla al aire libre sus huevos de ámbar y de oro; desde los pompones del aroma que una vez en Palma de Mallorca me trajeron reminiscencias infantiles; desde los ecos de las olas que en el maravilloso Mediterráneo repetían voces del Pla-

yón o rumores de PoneLOYA, siempre tuve, en tierra o en mar, la idea de la Patria...

León tiene el aspecto de una ciudad española. Las casas antiguas están construídas con adobes —la palabra y la cosa se usan aún en Castilla la Vieja. Pesadas tejas arábicas cubren los techos. Las casas de dos o tres pisos son pocas. Hay muchas iglesias y una famosa catedral, comenzada en el siglo XVIII y concluida a comienzos del XIX. Allí he reconocido muchas cosas que viera siendo niño. Los retablos, las pinturas, los altares, el púlpito, los restos de dos mártires llegados antaño de Roma: San Inocencio y Santa Liberata. Luego, en la sala capitular, encuentro los retratos de todos los obispos de Nicaragua desde la erección de la diócesis leonesa, el año de 1.527".

La breve pintura de Managua, de esa Managua a la que arribó por primera vez arrancado de su León de la infancia, cruzando de norte a sur el lago, le produjo la impresión que al provinciano imberbe de fines de siglo debía producirle la visión de las pequeñas capitales indohispanas que, por ser el asiento del gobierno, contaban con algunas modestas novedades urbanísticas de las que carecían las otras aún más modestas ciudades. Y Rubén nos la describe así en su "Autobiografía":

.. "Por este tiempo llegaron a León unos hombres políticos, senadores, diputados, que sabían de la fama del "poeta niño". Me conocieron. Me hicieron recitar versos. Me dijeron que era preciso que fuera a la capital. La mamá Bernarda me echó la bendición, y partí para Managua.

Managua, creada capital para evitar los celos entre León y Granada, es una linda ciudad situada entre sierras fértiles y pintorescas, en donde se cultiva profusamente el café; y el lago, poblado de islas y en uno de cuyos extremos se levanta el volcán Momotombo, inmortalizado líricamente por Víctor Hugo, en la Leyenda de los Siglos"

En efecto, el poblado de 1878 al que el poeta aprecia como "una linda ciudad", cuando él apenas contaba 11 años, seguramente por la impresión que le produjo la maravilla del paisaje circundante, que no precisamente por la obra urbanística hasta entonces realizada, principió a progresar y sigue progresando a pasos agigantados, gracias a la especialísima circunstancia histórica que le favoreció, consistente en las rivalidades regionalistas de León y Granada, las cuales convinieron, como tácita medida transaccional, en renunciar a sus aspiraciones de hegemonía política, aceptando que la capitalidad pasara al puertecillo lacustre de Managua, en 1852. Y así, el palafito precolombino de los nahuas que se extendía a lo largo de las orillas meridionales del Xolotlán; la rústica aldea de pescadores cuyos mayores enemigos eran los lagartos que infestaban las cenagosas playas, y que alternaban sus actividades semi-marinas con las del cultivo de sus huertas ubérrimas; la improvisada capital que años después sirviera no sólo de asiento del Gobierno nacional, sino de

los Infantes de Marina; ha devenido hoy activísimo centro no sólo político sino de negocios e industrias, que se extiende como mancha de aceite por las planicies circundantes, con bien planificadas y confortables urbanizaciones en unos casos, con misérrimas barriadas en otros, frente a las cuales las fabelas de Río, los conventillos de Santiago o las villas-misérias de Buenos Aires resultan altamente confortables

Las grandes facilidades de transporte del pequeño país han resultado para Managua arma de dos filos: por un lado han contribuido a su gran desarrollo económico y urbanístico, pero por otro han concentrado en ella una exagerada migración procedente de todos los Departamentos, que llega esperanzada en busca de oportunidades para mejorar sus condiciones de vida, agravando en forma inusitada el problema de la vivienda principalmente. Hay que visitar el barrio de Acahualinca para apreciar en toda su magnitud la gravedad del mal!

Las fuerzas telúricas, por otro lado, se han enseñado con demasiada frecuencia en la joven capital: aluviones devastadores que bajan de las Sierras o terremotos asoladores como el de 1931, la han obligado muchas veces a recomenzar las obras urbanísticas recién iniciadas y ya destruidas

Darío rememora así una de estas aterradoras y frecuentes escenas nicaragüenses, en su breve Autobiografía:

.. "Vino un gran terremoto. Estando yo de visita en una casa, oí un gran ruido y sentí palpar la tierra bajo mis pies; instintivamente tomé en brazos a una niña que estaba cerca de mí, hija del dueño de la casa, y salí a la calle; segundos después la pared caía sobre el lugar en que estábamos. Retumbaba el enorme volcán huguesco, llovían cenizas. Se oscureció el sol, de modo que a las dos de la tarde se andaba por las calles con linternas. Las gentes rezaban, había un temor y una impresión medioevales"

La Managua de hoy, que no la reconocería Rubén, ha rebasado los límites que de un solo vistazo podían ser abarcados entonces, excepción hecha de la franja lacustre. Tiscapa, la acrópolis chata y volcánica donde se ha tenido el gran acierto de levantar la Casa Presidencial, otero espléndido que en la época de Darío fue el término meridional de la ciudad, se ha convertido ahora en el centro de la gran circunferencia dentro de la cual a modo de círculos concéntricos, van ensanchándose las ondas de un urbanismo pujante y anárquico, como lo es el espíritu de estos pueblos juveniles de raigambre indo-hispana, por Bolonia y El Retiro, por Las Piedrecitas y Las Jinotepes, por Los Robles y la Colonia Centroamérica, por El Redentor y La Salvadorita, por Las Mercedes y el Portezuelo, por Las Brisas y Monseñor Lezcano

Y, refiriéndose de manera especial a Masaya, consigna este evocador recuerdo:

"Nombran a Masaya la ciudad de las flores. Es, por cierto, bella en su suelo florido. Allí pensé una vez más en la gentil Primavera de Botticelli. Flores en los jardines, flores en las mujeres, flores en todas partes"

Quando el señor alcalde me dirigió su discurso, la calle estaba cubierta de flores. Masaya me evocaba a Hafiz, a Sadi; vergeles de Sarón, de Bagdad, de la olorosa Persia. Los alrededores de la ciudad son lugares excelentes, en donde la riqueza floral se desarrolla y multiplica al cariño del magnificente sol"

Los problemas de la política internacional que en su tiempo afectaban a su país, tampoco le fueron indiferentes. Todo lo contrario, el Rubén Darío periodista fue, por sobre todo, un fervoroso animador de la Unión Centroamericana. Su capacidad y talento, en su primera juventud, cuando el Presidente de Guatemala D. Justo Rufino Barrios le encomendó la dirección del periódico La Unión, la médula de su campaña periodística la constituyó la defensa y propaganda de los ideales unionistas, que perseguían la restauración de lo que pudo haber sido la gran República de las Provincias Unidas de Centro América, despedazada en sus albores por los absurdos localismos

"Ante todo, esas cinco patrias pequeñas que tienen por nombre Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Honduras han sido y tienen necesariamente que volver a ser una sola patria grande", escribió con tono admonitivo

Refiriéndose a las aspiraciones de la construcción del canal interoceánico por parte de Estados Unidos, citando el ismo nicaragüense, Darío consignó la cierta advertencia transcrita íntegramente en otro lugar:

"Dios quiera llevar la paz a mi país. Se dice que los Estados Unidos han intervenido en todo esto. Si ello fuese cierto, como parece, es lamentable que nación alguna intervenga en los asuntos íntimos de Nicaragua, ni aun para hacer el canal"

En la hora actual nuevamente ha vuelto al tapete de las discusiones internacionales el problema del canal a nivel, y ha resucitado el proyecto de la factibilidad por Nicaragua

Si se le presenta a su gobierno el planteamiento del problema de parte de la gran Nación del Norte, tenemos la seguridad de que la advertencia de su poeta máximo ha de ser siempre bien recordada

Para terminar este buceamiento geográfico en la obra rubeniana, nada más oportuno que transcribir el consejo final con el cual, como colofón, cierra las páginas del libro que nos ha servido de guía:

"Oh, pobre Nicaragua, que has tenido en tu suelo a Cristóbal Colón y a Fray Bartolomé de las Casas, y por poeta ocasional a Víctor Hugo: sigue tu rumbo de nación tropical; cultiva tu café y tus bananos; no olvides las palabras de Jerez: "Para realizar la Unión Centroamericana, vigorízate, aliéntate con el trabajo y lucha por unirte a tus cinco hermanas!"